

**VI CERTAMEN LITERARIO
*ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI***

2018

***CONCURSO DE
CARTAS***

EDITA

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA BIBLIOTECA
Y DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE CHINCHÓN (ABACH)

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: ABACH

© DE LOS TEXTOS: Los autores

SEPTIEMBRE de 2018

D.L.: M-30334-2018

Edita: Asociación de Amigos de la Biblioteca y del Archivo Histórico de Chinchón (ABACH)

Imprime: Gráficas Icarpe (Aranjuez)

Imagen de la cubierta: Retrato escolar de Pilar y Conchita de la Peña en el Colegio Cristo Rey de Chinchón, hacia 1950. Cedida por Pilar de la Peña García-Tizón.

ÍNDICE

PRÓLOGO 4

CARTAS PREMIADAS

Carta a la madre de mi hija,
por Ana Belén Higuera de la Calle..... 5

Carta a mi padre, por Ramón Grimalt Oblitas..... 13

SELECCIÓN DE CARTAS FINALISTAS NO PREMIADAS

Patria compartida, por Emilia García Castro 20

Carta a mi nieta que está a punto de nacer
por Manuel Carrasco Moreno..... 22

Fe de locura por Reinier del Pino Cejas 25

Carta de abril, por Gonzalo Arias Ottogalli27

PRÓLOGO

La Asociación de Amigos de la Biblioteca y del Archivo Histórico de Chinchón premia con esta publicación los trabajos galardonados en el VI Certamen Literario Enrique Segovia Rocaberti, es decir el ganador y el finalista. Además, se han incluido en esta ocasión una pequeña selección de textos finalistas no premiados con la autorización de los autores; con el objetivo de dar una visión representativa de las obras presentadas al concurso.

El VI Certamen Literario Enrique Segovia Rocaberti se convocó en enero de 2018, con plazo de presentación de trabajos hasta abril. En esta ocasión el género elegido ha sido la carta.

Estamos satisfechos con el resultado, una amplia y variada participación y unos textos muy hermosos. La carta o epístola, un genero cargado de intimidad permite abrir el corazón y tocar temas muy cercanos a las inquietudes de todos, y por tanto a la esencia de la persona.

Nos congratula que nuestro Certamen “Enrique Segovia Rocaberti” sea seguido por muchos autores del otro lado del Atlántico con los que compartimos nuestra hermosa lengua. Esperamos seguir haciendo amigos en las dos orillas y seguir dando a conocer con la difusión de este certamen la figura de nuestro ilustre chinchonés Enrique Segovia Rocaberti.

Muchas gracias a todos por la participación.

La Junta Directiva de ABACH

PREMIO

CARTA A LA MADRE DE MI HIJA

POR

POR ANA BELÉN HIGUERAS DE LA CALLE



ANA BELÉN HIGUERAS DE LA CALLE

Ana Belén Higuerras de la Calle nació en Madrid el 15 de diciembre de 1969. Licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, es especialista en violencia de género y defensora de los derechos de las mujeres. Su experiencia profesional se enmarca en el ámbito social.

Ha sido Directora de Servicios Sociales de la Mancomunidad MISECAM (sudeste de Madrid). Actualmente es asesora jurídica en el Ayuntamiento de Pinto, en las áreas de Derechos Sociales y Violencia de Género.

Escribe desde la infancia. En su juventud recibió varios premios literarios de cuentos por parte del Ministerio del Interior y la Universidad Complutense de Madrid, y de poesía, por parte del Ayuntamiento de Madrid. Ha sido alumna del taller de literatura de la Biblioteca de Chinchón impartido por Milagros García Guerrero. Su creación literaria actual se centra en la novela juvenil.

CARTA A LA MADRE DE MI HIJA

Seudónimo: Luna de abril

Lunes, 15 de abril de 2011

Estimada señora:

Le dirijo esta carta con las manos temblorosas, por lo que, si la misma le resultara ilegible, le pido disculpas. El motivo es solo achacable a mi falta de entereza al enfrentarme a la verdad. Tantas veces he temido que fuera usted la que me dirigiera esta misiva, que desde hace treinta y dos años siento pavor a abrir la correspondencia, y jamás pensé que sería yo misma la que fuera a enviársela.

Me presento: soy María Gómez de las Casas Pavón, madre de su hija, para servirla.

Soy la madre de su hija porque así consta en la partida de nacimiento y porque así lo siento, aun sabiendo que no la parí ni la albergué en mi vientre, ahora maltrecho por la quimioterapia y por los golpes de la vida. Aunque me quede poca y se me vaya a borbotones, me armo de valor para hacerle llegar estas palabras, porque anoche descubrí en sus ojos, señora, aunque fuera a través de la pantalla de televisión, los ojos de mi hija. Esos ojos vacíos de lo que no vieron, pero llenos de la energía que a mí me falta. Y no me falta por la muerte, que ya me llega, sino por la fuerza que nunca tuve y solo ella me dio. La fuerza que, ahora sé, venía de usted, señora mía. La que traía en la mirada el primer día; era tan pequeña..., con su cordón umbilical aún reciente...; la fuerza con la que buscaba mi pecho yermo y amoratado.

Su hija, señora, mi hija, fue el mejor regalo que mi marido pudo comprar para conseguir mi perdón. Él sabía que ya no me valían las rosas. Aquel día yo tenía las maletas hechas, el cuerpo

roto, un billete de tren en mi bolso y el alma desangrando. Volvió antes de lo esperado. Yo no quería escucharle, y de rodillas me la ofreció; entonces sus ojitos de recién nacida se cruzaron con los míos y sentí que se curaban todas mis heridas.

Me entregó una niña sana y llena de verdad, y no hice preguntas, mientras que, a usted, mi señora, le entregaban un certificado falso de un legajo de abortos, la gemela más débil, y mil preguntas sin respuesta. Las que yo ahora le contesto en esta carta, porque no confío en que este cáncer me dé tregua para dárselas como debiera: mirándola a los ojos.

Cuando la vi en ese programa, señora, me di cuenta de lo que no pude darle. Aunque todo lo tuvo –la hija de la familia más rica de León–, todo le faltó, todo salvo mi amor.

Señora Carmen, le devuelvo a su hija, una niña sana y fuerte. Usted misma lo dijo:

«Escuché llorar a las dos y se llevaron a la más sana». Tiene todas las vacunas puestas y todas las revisiones hechas. Una niña que jamás enfermó, su única enfermedad era protegerme. Si en la noche escuchaba los golpes, ella, a la mañana, fingía estar malita. No le ponía el termómetro, sino mis labios en su frente y confirmaba en voz alta «Pues esta niña tiene décimas, hoy no se mueve de la cama». Y simulaba que la cuidaba para que me cuidara ella a mí. La llevaba un caldito y cuando él se iba a la notaría, se levantaba y me ayudaba a hacer la comida. Luego jugábamos a las tenderas, hacíamos un bizcocho de yogurt de limón y a la hora de la siesta cantábamos canciones bajito y me hacía cosquillas en mi cuerpo dolorido. Era el único momento en que reíamos a carcajadas. Después, salíamos al patio a jugar a la rayuela hasta que llegaba él y el silencio, siempre mejor que los gritos y mejor que el miedo que yo le tenía, pero ella no.

No se preocupe, señora, porque a ella jamás le puso la mano encima. Cuando mocita, alguna vez le rozó de refilón por ponerse en medio, pero yo sacaba la fuerza que no tenía y me enfrentaba al monstruo. Entonces él se marchaba dando portazos.

VI CERTAMEN LITERARIO E. S. ROCABERTI - CONCURSO DE CARTAS

Alba vino al mundo con capacidad para ser feliz, para sobrevivir a cualquier embate de la vida, para disfrutar de lo pequeño, para percibir el dolor y transformarlo en aprendizaje, para captar la belleza de las cosas y exprimirla. Creo que por eso estudió Bellas Artes y Psicología. Su hija fue una alumna brillante, es una persona brillante. Se dará cuenta en cuanto la vea.

Jueves, 25 de abril de 2011

Nada deseaba tanto como volver a casa para acabar de escribirle. Ahora es mi única misión, lo más importante y la única valentía que voy a tener en toda mi vida.

He estado ingresada unos días. En la semisedación escuché a la doctora decirle a Alba que debía despedirse de mí porque me quedaban pocas horas. No fue así. Decidí vivir lo suficiente para terminar esta carta. Nunca tuve tanta energía como hoy, porque ahora sé lo que va a ocurrir. Qué mejor para una madre que se va para siempre que dejar a su hija en los brazos de su madre. Ahora no tengo miedo.

Después de escuchar como un eco lejano las palabras de la doctora, entré en sedación profunda. En ese momento no vi la luz al final del túnel, ni se sucedieron imágenes de mi vida, ni salí de mi cuerpo, ni me vi a mí misma tendida en la cama del hospital, no. En realidad, no sé explicar lo que ocurrió, quizá otra dimensión, una premonición, un sueño, un viaje al futuro. Como si fuera una película...:

Vi a Alba nítidamente. Estaba en casa, metiendo su vida en cajas para poder morir un poco, haciendo espacio para renacer. Colocaba todos los tientos que había en el patio en una furgoneta de alquiler, nada de vida que le perteneciera quería dejar allí; demasiada vida le habíamos robado ya. Embalaba sus cuadros y esculturas con sumo cuidado, sus libros de la universidad, sus cuentos infantiles... Entonces, hizo lo que yo esperaba: hojear el primer tomo de la colección de Antoñita la fantástica, la primera novela que le regalé. Quiso releer la dedicatoria y allí encontró esta carta, dentro de un sobre con dirección, pero sin franquear. Su carta, señora, la que nunca le

mandé porque preferí que, en vez de un cartero, se la entregara su propia hija en mano. En ese momento Alba entendió todo, nunca se sintió de los suyos, porque no era de los suyos. Su madre, yo, acaba de morir hacía tres días y ya no era su madre.

Era un domingo de primavera. Partió antes de que saliera el sol, sin despedirse. Arrancó la furgoneta y él la llamó desde la puerta. Ella bajó la ventanilla.

– ¡Y tú! ¿Dónde te crees que vas? –le dijo. Lo miró fríamente.

–A mi casa, con mi familia –Y dejó tras de sí a un notario de León que, aunque era festivo, daba fe de una vida fracasada: la suya.

Llenó el depósito y, sin parar, cruzó Castilla, Madrid y los campos de la Mancha, y cuando pasó Despeñaperros, canturreó una coplilla inventada por nosotras cuando nos abrazábamos. Yo le decía «No sé por qué estás siempre tan caliente y yo tan fría» y ella respondía con guasa «Será porque llevo dentro el calor de Andalucía». Lo decía sin saber que lo llevaba.

Llegó a las dos y media. Era un pueblo todo blanco, pero tan colorido. Aparcó delante de una casita baja. La pequeña entrada y la fachada estaban llenas de macetas con flores. Olía a azahar y a sofrito de paella.

Respiró hondo, llamó al timbre y esperó. La puerta se abrió. Al otro lado del umbral se encontró a sí misma. Se miraron solo a los ojos, era lo único en lo que se diferenciaban, unos brillantes y llenos, otros opacos, vacíos de lo que le quitó. Se apretaron las dos manos, sin dejar de mirarse. Lloraron. Y su hermana, sollozando gritó: «Mamá, echa otra medida de arroz, que mi hermana ha venido a...». Miró la furgoneta de alquiler, y añadió «...ha venido a quedarse». Y se abrazaron.

Entonces usted salió con el mandil encima de su ropa de domingo y la espumadera en la mano, y las encontró tan cerca como solo lo habían estado en su vientre. Sin perder su sonrisa,

balbuceó: «Ha llegao a mi casa la mitad de mi alma». Las abrazó a las dos, y entonces, por primera vez en su vida, Alba sintió su calor, y supo que ahí estaba la fuente de la que manaba su energía. Y vi cómo se curaban sus heridas. Después, su marido abrió la cancela. Al verlas, se le cayeron los tomates que traía del invernadero para el gazpacho. Miré la cara de ese hombre y supe que mi hija ya no tendría que proteger a nadie y que allí siempre estaría protegida. En su casa, mi señora, supe que solo sería una hija.

Para sorpresa de los presentes, que ya casi me velaban, desperté del coma sonriendo y con los ojos llenos de lágrimas. Miré a Alba, la acaricé y le pedí que me llevara a casa. En contra de la opinión médica, me di el alta voluntaria. Sabía que tendría el tiempo justo para terminar lo que empecé.

Ahora que las fuerzas me han permitido contarle su historia, ahora, señora, deseo que llegue el ocaso; sí, quiero morir, para que venga el alba a sus días. Les pido perdón a usted y a su familia, y a mi hija por no hacer preguntas y no buscar respuestas.

Se apaga mi luz. Se enciende, señora, la suya.

María Gómez de las Casas Pavón

***Por Ana Belén Higuera de la Calle
(Aranjuez, Madrid, España)***

PREMIO FINALISTA

CARTA A MI PADRE

POR

RAMÓN GRIMALT OBLITAS

CARTA A MI PADRE

Seudónimo: Xenius

“La muerte es sólo una extensión de la vida”

Cualquier lugar, 22 de abril de 1968

Querido padre,

Después de mucho tiempo he decidido escribirte unas líneas. Sé que es muy probable que todo esto te sorprenda después de lo que nos dijimos la última vez, pero creo que te debo una explicación. Empiezo, pues.

Mira, soy consciente de que quizás me sobrepasé. Tú sabes mejor que nadie que a veces se me va la cabeza. ¿Recuerdas aquella vez que tuviste que ir al colegio para hablar con el director y, de ese modo, evitar que me expulsaran por haberle partido la cara al mojígato de Rubén Orgales? Entiendo que el disgusto fue mayúsculo. Me castigaste tres fines de semana seguidos sin jugar a fútbol. Lo peor del caso es que, por el amor de Dios, no reaccioné. Bueno, no como esperabas que lo hiciera. Tres días después me enfrenté al profesor de matemáticas, el ubérrimo señor Cifuentes, negándome a salir a la pizarra a resolver una ecuación de segundo grado. Fue la gota que colmó el vaso de la paciencia del director y, claro, me expulsaron.

Aún recuerdo aquella noche. No hubo cena. Sólo tú y yo en el comedor. Tú, en silencio, pero taladrándome con esa mirada inquisitiva; yo, capeando el temporal. “Irás interno”, sentenciaste, y sí, hice una maleta con cuatro cosas y emprendí el camino hacia tres años de reclusión. Porque eso fue, papá. Tú me metiste en la cárcel, sin apelación posible. Me procesaste en un juicio sumario cuyo fallo se conocía de antemano. Sentado en el patio, bajo una persistente llovizna, o mirando por la ventana cómo transcurría la vida de los estudiantes aplicados cuyos problemas eran resueltos con el analgésico del dinero

sobre la mesa y las vacaciones de invierno en la nieve, aprendí a odiarte porque, lo confieso, si te odiaba no tenía tiempo para echarte de menos. Creo habértelo dicho una vez. O quizás no. Otras personas tienen presente las conversaciones con sus padres. Yo fui borrándolas de mi memoria poco a poco, a medida que pasaban los días hasta que decidí fugarme.

Confieso que resultó más fácil de lo que pensaba. Aproveché un descuido de los vigilantes para colarme en el camión repartidor de leche. Como no tenía adónde ir me presenté en casa de mis abuelos. Su sorpresa fue mayúscula. La abuela me vio muy delgado; el abuelo me recriminó el terrible delito cometido contra la familia, pero todo acabó con un abrazo. Tú no esperaste una explicación. Me diste una bofetada que aún hoy duele. Duele en el alma.

Por eso, padre, quiero pedirte perdón. Sé, porque me lo dijo Dolores, que no estás pasando por un buen momento. Tu salud siempre te ha jugado en contra. Supongo que se trata de esa úlcera. ¿O quizás la próstata? Caramba, todos ya vamos teniendo una edad. Debo decir, sin ambages, que el paso del tiempo se ha convertido en algo irrelevante, circunstancial, para mí. Al menos lo era, porque ahora tengo fecha de caducidad. Lo sé. Nunca hice caso de tus advertencias y así me ha ido.

¿Sabes? Ayer me vino a visitar un cura. Es la ley, me dijeron. Hacía tiempo que nadie aparecía por aquí. Creo que me merezco esa indiferencia. Lo cierto es que el sacerdote, un hombre que, supongo, debe tener tu edad o al menos se acerca, me preguntó si deseaba confesarme, si, de algún modo, deseaba estar en paz con Dios. Le respondí que no tenía de qué arrepentirme, que había dejado de creer mucho tiempo atrás y que le agradecía la molestia de haberse presentado en circunstancias tan adversas. “Le conviene no dar la espalda al Señor”, me dijo con un dedo admonitorio que me recordó inevitablemente tus severas reprimendas. Sólo por ello bien valía la pena despachar al cura por donde vino. Cerró su Biblia, se persignó ante la presencia de aquel hereje sumido en sus propios pensamientos, y se largó en silencio.

Presto a negarme a todo, también rechacé cenar. La última cena, dicen por aquí. “Puede usted pedir lo que desee. Es su privilegio”. Consideré que no valía la pena y tuve que escribir una nota manuscrita con lo que consideraba mi última voluntad.

Luego, por cierto, escribí esta carta. Es aquí, donde quiero pedirte un favor. No estoy en condiciones de ser demasiado exigente y menos contigo, pero te agradecería que guardaras esta carta como un documento de alto valor que al menos te permita dormir con la conciencia tranquila. Mucho se ha dicho de mí en los últimos tiempos. La prensa es una enorme trituradora de carne. No tiene piedad. Te despedaza hasta reducirte a un amasijo de músculos, hueso y sangre. A mí me convirtieron en eso. De pronto dejé de ser una persona, incluso perdí mi condición de ser humano. Fui juzgado y condenado y, creo que con razón. Ni el juez ni el tribunal tuvieron en consideración que en mi cuerpo habita otro yo. Esa maldita voz interior que me impulsa a hacer cosas que nadie en su sano juicio ni siquiera contemplaría. Una voz que, curiosamente, aquí se fue apagando hasta desaparecer. Ella es la culpable de mi desgracia.

La sociedad cree que puede acallar esa voz eliminándola, arrancándola de cuajo como un jardinero que sabe de qué va su trabajo desentierra la maleza para que no pervierta el resto de las flores y plantas nobles. Pero no es cierto. La voz pasa de una persona a otra para decirle qué tiene que hacer, cuándo y dónde. Es una especie de legado que se traspa de generación en generación sin hacer preguntas y acaba adueñándose de la voluntad de cualquiera, aun aquel más fuerte. La voz, llegado el momento, te lleva a... Sí, papá, te lleva a matar. Te conduce, inevitablemente, a un callejón sin salida, un destino final de pronóstico reservado, un desfiladero plagado de obstáculos que sólo se superan cuando se consuma el crimen. Bueno, lo que hice no puede considerarse propiamente un crimen sino un sacrificio. Tú eres médico. Estoy seguro de que lo comprendes o quizás no. Para el caso, dadas las circunstancias, da lo mismo.

Dolores, poco antes de que se leyera la condena, dijo que me

entendía. “Yo sé por qué lo hiciste”, sentenció con gravedad y los ojos enrojecidos por las lágrimas que querían brotar, pero se quedaban allí, en el lienzo celeste que tanto veneré en su momento. A ver, dime, ¿qué hubieras hecho en mi lugar, bregando día y noche, una jornada tras otra, por mantener con vida algo que ya está muerto? “Usted, doctor, no tiene derecho para ponerse en lugar de Dios. Usted debía respetar la vida”, afirmó el juez a tiempo de leer la sentencia. Pude haberme defendido. El abogado que contrataste, todo debo decirlo, no hizo un buen trabajo. Le resultaba difícil comprender esa teoría de la “voz”. Pero yo lo tenía muy claro. Hubo una noche en que la voz me susurró al oído que la situación de los enfermos terminales del pabellón A era insostenible. “¿Acaso no te conmueve en lo más profundo de tu ser el sufrimiento de esa pobre gente y sus familias?”, repetía con machacona insistencia hasta que, mira por dónde, acabó convencéndome de que debía hacer algo para aliviar sus penas. Y eso, papá, es lo que hice.

Una dosis inyectada de aconitina fue suficiente. Se la apliqué personalmente a diez de mis pacientes. No fue ni mucho menos difícil. Incluso, mira lo que voy a decirte, creo que me lo agradecieron. Aún tengo muy presente la mirada serena y profunda de la señora Marber. “Sólo haga lo que tiene que hacer, doctor” musitó y, aunque en principio me temblaba el pulso, pinché en la vena adecuada, sin duda y menos remordimiento.

De alguna forma yo sabía cómo iba a acabar esta historia. La justicia es más poética de lo que comúnmente se piensa. El juez, por descontado, es él y su contexto. Jamás pretendí siquiera que tuviera la suficiente capacidad profesional para analizar los pormenores de mi terrible y difícil decisión. Ni siquiera sirvieron las apelaciones y mucho menos el debate instalado en la sociedad sobre la necesidad de revisar la ley. Sé, porque así lo publicaron los diarios, que mi caso llegó al parlamento para que los políticos tuvieran algo de qué ocuparse. Creo, fervientemente, que mi ejecución terminará con cualquier posible controversia. Ya se sabe, muerto el perro... Pues eso.

Por último, papá, quiero que sepas que mañana, cuando

recibas esta carta, estaré muerto y con toda seguridad rumbo a algún lugar del infierno. La ejecución será rápida, me aseguran. Será, probablemente, de madrugada, casi al despuntar el alba y mis últimos pensamientos se irán contigo. No fuiste un buen padre, al menos alguien en quien confiar triunfos y derrotas, dudas y certezas, sonrisas y lágrimas. Pero quiero que sepas que no te guardo rencor porque me enseñaste a leer y esos libros que conservo ordenados en mi memoria son mi único consuelo en esta hora tan amarga. O dulce, quizás. Eso sólo el tiempo lo dirá. Y ante la inminencia de la muerte busco aquellas lecturas primeras, las que por siempre quedan en la mente para sopesar lo que fue y lo que pudo haber sido, concluyendo con absoluta certeza que hice lo correcto.

De este modo, y sin nada más que agregar, se despide tu hijo,
Honorato

PD: No reclames mi cadáver para rendirle cristiana sepultura. Una fosa común puede ser un lugar lo bastante agradable para la posteridad.

**Por Ramón Grimalt Oblitas
(La Paz, Bolivia)**

**SELECCIÓN DE
CARTAS FINALISTAS
NO PREMIADAS**

(Autorizadas para su publicación)

PATRIA COMPARTIDA

Seudónimo: Emy Barraca

Querido hijo:

Te fuiste a la escuela y yo me quedé apagada y triste como solía, tirada en el sofá sin más interés que el de mirar el techo y escuchar el ruido de la aspiradora de la vecina de arriba en su ir y venir de actividad. Pero este día, que parecía como cualquier otro, acabó siendo extraordinario: déjame decirte porqué. Fue tan especial que, a última hora, sentí la necesidad de escribir esto para que lo leas cuando seas grande.

Adivino que no es fácil para un niño entender la tristeza de una madre viuda, los días de silencio, las lágrimas que siempre traté de esconderte. Poco a poco te has ido aislando en tus juegos, escapado en un lugar que llaman virtual en el que has llegado a vivir más que en nuestra propia casa. Mucho horario en el colegio y, el resto del tiempo, en tu mundo de pantallas de cristal en el que yo no tenía cabida; así nos apartamos madre e hijo como dos desconocidos. Me fui a pique en la depresión.

Pues bien, esta mañana, después de irte, me puse un chándal gastado y salí a la calle igual que un cuerpo sin alma; me miré en los escaparates y parecía casi una vieja baldada, una sin hogar. Pensé que no tenía que haber salido, mejor haberme quedado en la cama, como siempre; pero continúe hacia el casco urbano sin entender ni cómo existía salvo porque respiraba y me latía el corazón, como si le hubiera dado cuerda mi fabricante a mala idea.

Sé que cuando leas esto ya serás mayor para entenderme, y te lo digo para que, si puede ser, me disculpes por el mal que pude hacerte sin querer, en unos tiempos que tuviste que pasar solo de padre y madre.

Pues bien, luego de vagar como una boba, entré en una librería, cogí un libro de cuentos con ilustraciones maravillosas y, sin darme cuenta, me transporté a otros tiempos felices. Me acomodé en un sillón de mimbre y acaricié las historias legendarias, tan bellas y terribles a la vez, y sentí aletear en mí la

gracia de la infancia. Tal cual dijeron Delibes y Rilke, es la patria común y verdadera, decía en la contraportada.

Abandoné mi zafio país de abatimiento y sonreí. Agarré el libro con todas mis fuerzas, lo pagué y lo llevé pegado a mi cuerpo, calle adelante, hasta llegar a casa. Me vi de refilón en un espejo y yo resplandecía, mi viejo chándal parecía recién comprado.

Decidí, para cuando regresaras, sentarnos a leerlo juntos. Y así lo hicimos. Te enseñé a recorrer sus páginas a golpe de imaginación. Fuimos tú y yo protagonistas y puse cara de bruja y te mordisqueé el brazo, como te hacía de bebé, aullé como un lobo jugueteón y monté muchas más pantomimas que llevaba atrasadas por culpa de tanta tristeza. Me di cuenta a tiempo, antes de que esos bracitos crecieran demasiado. ¡Ocurrió todo eso por un libro!

Con él y contigo me sentí viva de nuevo: habíamos derribado esa horrible barrera de cristal y dolor que había entre nosotros, hijo. Cuando seas mayor y leas esta carta, perdida en el cajón de los recuerdos, te darás cuenta de lo que fue para mí este día de reencuentro inolvidable. Tú dejaste las pantallas unas horas, y yo dejé atrás mi amargura y mi tonto silencio.

¿Quieres mirar el libro? Lo dejo encima del armario de mi cuarto, envuelto en papel de periódico con noticias que verás muy trasnochadas, allí estará. Trátalo con cuidado, porque cuando lo cojas ya será viejo. Hojéalo, quizá conserve aún tu aroma infantil y la alegría que derramé yo entre sus páginas. Guárdalo entre tus tesoros.

Si cuando leas esto yo no estoy, no sientas pena, cariño, porque por un momento así valió la pena una vida entera.

Juntos siempre, dormiremos escondidos entre las letras y los dibujos preciosos de nuestro querido libro.

¡Ábrelo, que despierta!

Mamá

Por Emilia García Castro (Oviedo, Asturias)

**CARTA A MI NIETA QUE ESTÁ A
PUNTO DE NACER.**

Seudónimo: El Abuelo de Heidi

Mi ya queridísima Olivia:

Quiero, en primer lugar, darte la bienvenida a este diminuto planeta, perdido en el centro de una galaxia y rodeado de estrellas al que llaman Tierra; también hay quienes le dicen “Valle de lágrimas”, y otros, “Jardín de las delicias”; aunque yo creo que unos y otros exageran un poco; si bien hay que reconocer que en los últimos tiempos, este mundo al que tu llegas anda algo revuelto, con tanto lío que se traen los político y por las desigualdades que hay entre sus habitantes, dependiendo si han nacido en el norte o en el sur, si el color de su piel es blanco, cobrizo, negro o amarillo o si son hombres o mujeres. Pero no te preocupes, te lo digo por experiencia, los problemas se irán arreglando poco a poco y seguro que tu mundo, aunque seas mujer, será mucho mejor que el que nos tocó vivir a los de mi generación.

Cuando tú cumplas los dieciocho yo ya habré pasado de los noventa; si es que llego, porque cuando yo nací la esperanza de vida estaba sobre los cincuenta, y ya he sobrepasado largamente mis expectativas. Tú, en cambio, dicen las previsiones que puedes vivir más de noventa años y con un poco de suerte podrías llegar a ser centenaria; aunque, sinceramente, no sé muy bien si eso es una suerte o una maldición.

Como te iba diciendo, la vida ha cambiado mucho desde que yo nací. Entonces no se habían inventado aún muchas de las cosas que ahora son imprescindibles: el microondas, el transistor, la televisión en color, la vacuna contra la poliomielitis; ni siquiera la humilde fregona, que inventó un español, que se llamaba Manuel Jalón, allá por el año 1970. Y mucho menos el microprocesador, la calculadora electrónica de

bolsillo, ni el disco compacto o CD, como es más conocido; aunque alguna de estas cosas a ti te puedan parecer antiguallas, porque ya habrán sido sustituidas por nuevos inventos.

¡Ah, y cuando yo nací todavía no existía internet! De verdad, no existía. Ni los móviles, ni las tabletas, ni los ordenadores portátiles. Entonces, cuando pequeños, nosotros nos entreteníamos de otra forma. Jugábamos a la pídola, al “rescatao”, a las canicas, a la comba y al fútbol; pero no en la Play, sino en las eras con una pelota de goma y con zapatillas de lona, no con esas botas ergonómicas tan carísimas y tan bonitas que verás en la tele. No te voy a contar como eran esos juegos porque tú lo puedes ver en tu móvil, porque lo primero que te van a enseñar es a buscar en internet todo lo que quieras saber.

En el colegio, nosotros teníamos libros para estudiar. Si, libros, eso que todavía verás en las estanterías de algunos salones y que decoran tanto. Tú, Olivia, con tu ordenador personal, tendrás a tu disposición todos los conocimientos a los que quieras acceder, y con el mínimo esfuerzo, porque esos aparatos son ya tan inteligentes que con solo decirles lo que quieres, aparece en la pantalla como por arte de magia.

En mis tiempos se podía estudiar humanidades y ciencias; yo incluso llegué a estudiar latín, que como podrás ver en internet, era la lengua que hablaban los romanos antes, incluso, del siglo primero de nuestra Era. Tú estudiarás cómo usar los medios informáticos, ingeniería robótica y otras disciplinas que ahora ni se nos ocurre pensar, y seguro que estudiarás idiomas mucho más actuales, como el inglés, el francés, el ruso y, por supuesto el chino, que por lo que ya se ve es un idioma con mucho futuro.

Yo nací en Chinchón, ese pueblo tan bonito al que te llevarán tus papás algunos fines de semana para que te veamos los abuelos. Como podrás comprobar aquí se vive muy bien, aunque entonces era bastante más tranquilo y los burros no se empleaban para dar paseos a los niños por la plaza, sino que era uno de los medios transporte para ir a trabajar al campo.

Olivia, no sé si me dará tiempo a contarte todas estas cosas

en persona; aunque no creo, porque uno ya no está con la cabeza en su sitio y yo sé que los jóvenes no aguantan las batallitas de los abuelos. Por eso he querido escribirte esta carta, y además te dejo algunas cosillas que fui escribiendo desde que me jubilé, para que puedas conocer algo mejor a tu abuelo, del que seguro que te hablará tu madre con mucho cariño. Por cierto, los libros que escribí están todos digitalizados y te los he dejado en el disco duro de mi ordenador, para que te sea más fácil encontrarlos.

Yo ahora tendría que darte muchos consejos, porque los viejos somos muy dados a dar consejos, aunque no se nos pidan, pero no creo que sea necesario, porque para eso están tus padres. Solo decirte que las dos cosas más importantes en la vida son: que seas una persona buena y que seas feliz, y eso es lo que yo deseo para ti, Olivia.

Un beso muy grande, con todo el cariño de El abuelo Manolo.

**Por Manuel Carrasco Moreno
(Chinchón, Madrid, España)**

FE DE LOCURA

Seudónimo: Raíz de ceibo

Dulcinea querida:

Que me acusan de loco los amigos de siempre. Que se burlan y los dejo burlarse porque los entiendo. Por tu causa ya no soy el que era. De algún modo tibio y agradable dejé de ser cuando mis pasos se cruzaron con tu sombra. Con tu luz.

Mi amada, mi esposa, mi mujer:

Hoy me dio por pensar. ¡Maldita costumbre cuando solo sentir me es suficiente! Doy fe de mi locura. De esta apetencia de tus carnes a toda hora y de tu abrazo. Aún en las horas rubias del mediodía a la sombra de los molinos que ya no me interesan. En todos los entuertos que deshago, tú vas delante. Eres mi brújula. Mi norte. La estrella que signó este firmamento antes sin luz y ahora tan parecido al paraíso. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Yo mentía al teléfono y tú te apareciste entre campanas, y pastores, y ángeles y anunciaciones de buena ventura. ¿Recuerdas nuestra primera vez? Aquella, y la otra y todas han sido la primera porque te encuentro nueva en tu carne dispuesta a mi tacto. Ese nacer continuo de universos en tu vientre cálido y frágil es puerto de mi decir senil. Eres mi idioma.

Cabalgo día y noche en el rocín de mis poemas. Te escribo. Te reinvento. Te sufro porque no eres parecida a la perfección como no soy perfecto. Si no tuvieras mácula no te quisiera tanto. Si fueras de óleo o mármol faltarían en tu rostro los asombros y el castigo del frío que te empuja a mis brazos. ¡Tantas cursilerías cargo en la alforja! Es cierto. Yo estoy loco. Te di mi juicio hace una era cuando desconocía tu existencia. Le hablo al sol que se pone. Sonríó al arcoíris. Descubro rostros en las nubes de invierno. Avanzo con mi lanza en

ristre contra lo escrito solo porque te quiero.

Mira, amor, a mis hijos. También un poco tuyos. Escuderos. Cronistas de mi suerte a tu lado. En ellos están tu obra, tu hechura, tu cuidado. La habilidad de, casi con recato, callarte que eres superior a toda fuerza que se sacude en mí. ¡No puedo más! Ya es tarde para un reclamo al dios que manipula tantos dioses. Tomo tu mano. Ofrézcode mi mundo, esta misiva. Rindo a tus pies la ciudad sometida de mi cuerpo. ¡Soy un loco! Y me avergüenzo de todos los oficios que me distancian de tu jadeo. Hago la apología del viernes en la tarde. La defensa del turno de llegar a tus brazos. No me importan aquellos que no conocen el amor que a ti me mueve. Para ellos seguiré siendo el poeta que perdió la razón por una hembra de este Toboso sin linajes que es el parque del pueblo. Yo seguiré paseando mi alegría de tu mano. Hallando mi refugio, mi paz, en tu cordura. Gracias por estar siempre para este.

Tu hidalgo.

**Por Reinier del Pino Cejas
(Caimito, Artemisa, Cuba)**

CARTA DE ABRIL

Seudónimo: Joaquín Villegas

El clima nocturno de abril se parece bastante a esa incertidumbre de joven adolescente que no creció, de adulto trabajador explotado argentino, de músico artista mujer a la deriva rompiendo los obstáculos de este universo liberal en espera del amor. Una vez supe ser el pez gordo o chico de aquella, de la cual nunca olvidé los momentos en la intemperie o en la camioneta, una intemperie muy parecida a esta, y será de hecho que te conocí en abril, entre el vino que no me afectaba. Creo que vos buscabas la simpleza, de una bragueta abierta fácil para escaparte como vinieras y de repente te encontrase retransitando los versos dulces pero ingenuos de ese que, te sorprendió, era parecido a vos. Los dos sufriendo una vida que pisotea a los muchos mientras sirve champán a los pocos, y también luchando con nuestras propias miserias, en el deseo utópico de la persona humilde de ser buena. Yo condené todos tus errores como si fueras culpable de mi hipocresía, pero nunca traté de ayudarte, para que mucho tiempo después me viera la noche de abril en la terraza fría con una soledad que me alcanza para llenar la heladera, a propósito vacía, y cómo sería más fácil salir a buscar el sustento ese que en este país es siempre ser un poco violado, con tu presencia esperándome a la salida, con ir superando las cosas de a dos, ayudándonos. Nunca nos dijimos “a mí me gusta así”, sino que aceptamos nuestros defectos como razones para no enlazarse, y no sé por qué hablo por los dos, si estoy contando de una luchadora de la marea y no de un casi humano nostálgico que acaso hoy corrija todo su pasado. La soledad es una tormenta, pero la tormenta no es solo estar solo; son palabras, dolores de cabeza, bloqueos, y la pregunta eterna de quién es ese que habla o se calla en las instituciones y que usa para todo eso tu cuerpo y tu cabeza. Será este acaso el perdón extraviado a un pasado femenino del que no hay siquiera recuadro; que hoy andará quién sabe por qué calle de qué ciudad de la mano de qué otro destino, entrando a la puerta de un cine tal vez; dejando los retazos del amor y el olvido del

VI CERTAMEN LITERARIO E. S. ROCABERTI - CONCURSO DE CARTAS

mundo en el asiento trasero de un auto, cerrando los ojos y por unos momentos sintiendo la pasión, que era lo único bueno y que le quitaron al mundo. Es más fácil hablar del pantalón que se puso el vecino que del amor. Pero vas a volver, aunque sea con otro rostro, y por eso, aunque el viento hoy azote y la intemperie se alce como queriendo decir adiós, voy a estar esperando acá la próxima estación.

Por Gonzalo Arias Ottogalli (Mendoza, Argentina)